

2014 DICIEMBRE

HOMILÍAS

APERTURA DEL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA

S. I. Catedral Primada, el 30 de noviembre

Este domingo comienza el Adviento, un tiempo de gran profundidad religiosa, porque está impregnado de esperanza y de expectativas religiosas. Sí hermanos: cada vez que la comunidad cristiana se prepara para recordar el nacimiento del Redentor siente una gran sensación de alegría, que en cierta medida se comunica a toda la sociedad. En el Adviento, en efecto, el pueblo cristiano revive un doble movimiento del espíritu: por una parte, eleva su mirada hacia la meta final de su peregrinación en la historia, que es la vuelta gloriosa del Señor Jesucristo; por otra, recordando con emoción su nacimiento en Belén, se arrodilla ante el pesebre.

Nos damos cuenta, pues, que la esperanza de los cristianos se orienta al futuro, pero está siempre bien arraigado en un acontecimiento del pasado: en este caso, el nacimiento de Jesús en Belén de Judá. En cualquier caso, se necesita dejar de estar adormecidos. Lo dice Jesús en el evangelio de hoy: “Velad”. En efecto, hermanos, el que, debiendo de estar despierto, no lo está, es que se ha adormecido. ¿Es esa nuestra situación? No es fácil mantenerse despiertos y lúcidos, cuando son tantos los somníferos que se nos administran.

Quisiéramos también despertar motivados por un gran acontecimiento: el don que el Señor ha dado a su Iglesia con la Vida Consagrada, cuyo Año hoy comenzamos. Es preciso, hermanos, caer en la cuenta lo que vale la persona de cada consagrado, de cuya presencia a nuestro lado en monasterios, escuelas, hospitales, parroquias y mil realidades nos muestra la belleza y grandeza de Cristo, a quien siguen los consagrados con una vivencia específica del bautismo siguiendo a Jesús. Quiera el Señor que en el año que comenzamos la presencia de los consagrados sea “un signo visible para todos del Evangelio” (Juan Pablo II).

El año de la Vida Consagrada no es un año sólo para los religiosos, los consagrados. Se trata de conocer y amar la vida consagrada, de tener mayor relación y mayor acercamiento de todo el resto del Pueblo de Dios hacia los consagrados/as concretos con los que nos encontramos cada día y cada paso en la vida de cada día. Obispos, presbíteros, fieles laicos debemos conocer, amar y cuidar de la vida religiosa. La comunidad cristiana no es un conglomerado de personas que no se conocen entre sí, indiferentes unos para con los otros, cada uno a lo suyo. No lo quiere el Señor. La Iglesia necesita la especificidad de la vida religiosa y lo que nos aportan los carismas de tantos fundadores.

¿Tú crees que los consagrados sólo se les conoce y aprecia por lo que hacen; por el trabajo en los hospitales, en los colegios, en la atención a los más pobres, en las misiones? Pues te falta todavía que descubrir mucho. Tenemos que romper con tópicos y estereotipos, que a veces son prejuicios: sólo en las relaciones personales podemos conocer quiénes somos, qué es la vida religiosa, por qué han optado los consagrados por ese estilo de vida, por esa forma de seguir a Jesucristo, no para un tiempo, sino para toda la vida al Dios fiel (2ª lectura).

No conoceríamos nada de la vida consagrada, y de su significado, si no entendemos que Cristo ha llenado su corazón y ha llamado a hombres y mujeres a seguirle con un deseo de vivir como vivía Él, pero buscando a través de los carismas recibidos de los fundadores algún rasgo concreto de Jesús para seguirle más de cerca e imitarle. Cada consagrado ha de ser, pues, un signo de esperanza, porque es anticipo del Reino de Dios, que el Cristo mismo entre nosotros, que quiere anticipar con su estilo de vida pobre, célibe y obediente.

No puede haber vida consagrada sin un encuentro personal con Cristo que suscita en cualquier joven un deseo de una vida plena, distinta, que hace feliz. Es lo que han de encontrar el resto del Pueblo de Dios también en los religiosos o comunidades de consagrados concretas, porque viven su relación con el Señor de modo atrayente, capaz de amar a todos de manera distinta. Sin duda que es en los religiosos/as donde aparece con nitidez ese compromiso de cercanía y empeño con los más pobres y desasistidos de la sociedad, porque ese encuentro con Jesús que llama te lleva a todos los lugares, incluidas las “periferias”, a las que alude el Papa Francisco.

Me preguntaría, para finalizar mis palabras, que los consagrados ayudaran al resto de la comunidad cristiana y a la sociedad en la que vivimos en algo que me parece típico de todo cristiano, pero con una incidencia muy fuerte en los consagrados: el testimonio de que Dios existe y que una vida sin Dios tiene consecuencias nefastas para el ser humano; “¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! En tu presencia se estremecerían las montañas”, ha dicho el profeta Isaías (1ª lectura). Para ello basta mostrar en la propia vida del consagrado que “isólo Dios basta!”. Que la

existencia está llena y que estar abierto a Dios para nada significa estar ajeno a la vida de este mundo. Dios nunca es enemigo del hombre.

Con su vida, los consagrados pueden hacer ver mejor plasticidad que esperamos una tierra nueva y un cielo nuevo. La revelación nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia (cf. 2Cor 5, 2; 2Pe 3, 13). Pero la espera de una nueva tierra no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra". Recogeremos los frutos de nuestro trabajo cuando Cristo entregue al Padre su reino eterno y universal. María Santísima, Virgen del Adviento, nos obtenga vivir este tiempo de gracia siendo vigilantes y laboriosos, en espera del Señor.

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

S. I. Catedral Primada, 8 de diciembre

Hermanos: en el camino del Adviento brilla la estrella de María Inmaculada, "señal de esperanza cierta y de consuelo" (LG, 68). Para llegar a Jesús, luz verdadera, sol que disipó todas las tinieblas de la historia, necesitamos las luces cercanas a nosotros, personas humanas que reflejen la luz de Cristo e iluminen así el camino por recorrer. Así lo muestra el pueblo cristiano ya el 6 de diciembre, san Nicolás, santo cuya celebración apunta a la Navidad; por ello se repartían a los niños dulces y galletas (lo de Santa Claus es otra historia poco aconsejable). Igualmente ocurría el día de santa Lucía, 13 de diciembre, que alumbraba la vida de los demás, porque prefirió a Cristo, la luz de sus ojos, y cuya fiesta anuncia también la cercanía de Navidad.

Pero, ¿qué persona es más luminosa que María, aurora que anunció el día de la salvación, puede ser para nosotros estrella de esperanza? ¡Qué intuición litúrgica la del Rito hispanomozárabe al celebrar Santa María el 18 de diciembre, como Madre de la esperanza en la expectación del parto!

Pero hoy celebramos, también cerca de la Navidad, la fiesta solemne de la Inmaculada Concepción de María, esto es, el misterio de la gracia de Dios que envolvió desde el primer instante de su existencia la criatura destinada a convertirse en la Madre del Redentor, preservándola del contagio del pecado original. Y, al contemplarla a Ella, reconocemos también la altura y la belleza del proyecto de Dios para todo hombre y mujer: ser santos e inmaculados en el amor (cfr. Ef 1,4), a imagen de nuestro Creador.

Todo lo cual nos lleva al libro del Génesis (primera lectura), en el capítulo 3º. Se habla aquí de una lucha que, durante toda la historia humana, continuará entre el ser humano y la serpiente, el Demonio, que trae siempre el mal y la muerte y, sobre todo, la mentira. Ya aquí se dice que el linaje de la mujer –y en él la mujer y la madre misma- un día vencerá, y así, mediante el ser humano, Dios vencerá. Estamos hablando del pecado hereditario, el pecado original, pero también y sobre todo consideramos cuál es la defensa contra este pecado, y qué es la redención que ha traído Jesucristo.

Lo peor que nos pasa a los hombres es que no queremos luchar contra el mal y el pecado: pensamos que esto es algo desfasado, del pasado. ¡Dios mío, pero no vemos el pecado que está causando tantos estragos en nuestra sociedad! ¿Cómo podemos decir que no hay pecado? Yo creo que, por eso, no nos fiamos de Dios. Tentados por las palabras de la serpiente, como Eva y Adán, abrigamos la sospecha de que Dios, en definitiva nos quita algo de nuestra vida, que Dios es un competidor que limita nuestra libertad, y que sólo seremos plenamente seres humanos cuando lo dejemos de lado. Tal vez eso sea el planteamiento moral que surge de la manera de entender al ser humano la Revelación de Dios, y que un político decía, no hace mucho, que era lo que le separaba del Papa, aunque afirmaba que estaba de acuerdo con lo dicho por el Pontífice en el Parlamento Europeo no hace muchos días, porque pensaba que coincidía con su punto de vista social o de estrategia política. Comentario muy curioso de cómo es entendida la vida del hombre sin Dios.

Pero sigue siendo verdad que, si el hombre no quiere recibir de Dios su existencia y la plenitud de su vida, si quiere tomar por sí mismo del árbol del conocimiento el poder plasmar el mundo, de hacerse dios, elevándose a su nivel, si no quiere contar con el amor que no le parece fiable, si quiere solamente contar con lo que le confiere el poder, puede hacerlo pero no sin consecuencias. Esas consecuencias las estamos viendo cada día: no se fía de la verdad y se hunde con su vida en el vacío, en la muerte. ¿Soy pesimista? No, todo lo contrario. Acepto que amor de Dios no es dependencia, y que la libertad del ser humano es la libertad de un ser limitado. Porque la voluntad de Dios no es para el hombre una ley impuesta desde fuera, que lo obliga, sino una medida que está inscrita en él y lo hace imagen de Dios, y así criatura libre.

Al reflexionar a la luz de la Palabra de Dios y considerar qué gran don es tener por madre a María inmaculada, alguien que resplandece de belleza y transparenta el amor de Dios en Ella, pienso en los jóvenes de hoy. Ellos han crecido en un ambiente saturado de mensajes que proponen falsos modelos de felicidad. Estos chicos y chicas corren el peligro de perder la esperanza, porque a menudo parecen huérfanos del amor verdadero, que colma de significado y alegría la vida.

Juan Pablo II gustaba de proponer a los jóvenes a María como “Madre del amor hermoso”. Por desgracia, muchas experiencias nos demuestran que tantos adolescentes, jóvenes e incluso niños son víctimas fáciles de la corrupción del amor. Otro tipo de corrupción no menos nefasta que otras. Engañados por adultos sin escrúpulos, que se mienten también a sí mismos, son atraídos a calles sin salida del consumismo y una vida sexual muy reduccionista. Incluso las realidades más sagradas, como el cuerpo humano, templo del Dios del amor y de la vida, se convierten en objeto de consumo; y esto cada vez más pronto, ya en la pre-adolescencia. ¡Qué tristeza cuando los muchachos pierden el asombro, el encanto de los sentimientos más hermosos, el valor del respeto del cuerpo, manifestación de la persona y de su misterio insondable!

Tal vez brota en ellos, precisamente al hablar de la Virgen Inmaculada, la sospecha de que una persona que no peca para nada, en el fondo es aburrida; que le falta algo en su vida: la dimensión dramática de ser autónomos; que la libertad de decir no forma parte del verdadero hecho de ser hombres y mujeres; y que sólo entonces se puede disfrutar a fondo de ser realmente nosotros mismos. En una palabra, que en el fondo pensamos que el mal es bueno, que lo necesitamos, para experimentar la plenitud del ser. Pero eso no es así.

Notamos, sin duda, nuestra limitación y lo arduo de luchar contracorriente. Nos sentimos pequeños y limitados y eso nos humilla; pero el ser humano que se dirige hacia Dios no se hace más pequeño, sino más grande, porque gracias a Dios y junto con Él se hace más grande. Tampoco el hombre y la mujer que se pone en manos de Dios se alejan de los demás, retirándose a la salvación privada; al contrario, nuestro corazón se despierta verdaderamente y nos convertimos en personas sensibles, benévolas, abiertas.

Es lo que vemos en la Virgen Inmaculada. Por ello, es nuestra Madre signo de consuelo, de aliento y esperanza. Como si Ella nos dijera: “Ten la valentía de ser osado con Dios. Prueba. No tengas miedo de Él. Ten la valentía de arriesgar con la fe. Comprométete con Dios: tu vida se ensanchará y se iluminará, y no resultará aburrida, sino llena de sorpresas”. Algo así dice santa Teresa en el libro de la *Vida*: cuando comenzó “a tener oración”, comprendió mucho mejor el amor de Jesucristo y las cosas de Dios. Queremos, pues, en este día de fiesta dar gracias al Señor por el gran signo de su bondad que nos dio en María, su Madre y Madre de la Iglesia. Queremos implorarle que ponga a María en nuestro camino como luz que nos ayude a convertirnos también nosotros en luz y llevar esta luz en las noches de la historia. Amén.

ÓRDENES SAGRADAS

S. I. Catedral Primada, 21 de diciembre

Mis queridos hermanos:

De nuevo surge ante nosotros una ordenación de diáconos y presbíteros, cercana ya la Navidad. Una enorme alegría para el Seminario, para vuestras familias y parroquias, para vosotros mismos y para mí. En definitiva, una alegría para nuestra Iglesia de Toledo. Un nuevo presbítero, tres diáconos, por quienes oramos y acogemos como don de Dios. Alabamos, bendecimos y glorificamos a nuestro Dios por el misterio de la Virgen Madre y por la Madre Iglesia.

¿Qué es propiamente la ordenación sacerdotal?, y ¿qué es el sacerdocio en el que la misma nos inserta? La liturgia de la Iglesia da la respuesta en la oración y en los gestos indicativos, que os invito a vivir en esta celebración. Fijemos nuestra atención, por ejemplo, en algunas preguntas en las que se pide la disposición de los candidatos y en las que se perfila la exigencia y la entrega del sacerdote o del diácono.

Una de ellas, dirigida al que será enseguida presbítero, reza así: “¿Estás dispuesto a unirte cada día más estrechamente a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, y a convertirte con él en ofrenda para gloria de Dios y para la salvación de los hombres?”.

He aquí, aunque no está dicho explícitamente, la misión eucarística como centro de la existencia del sacerdote. El sacerdote está, en el fondo, para celebrar la Eucaristía, para celebrar la fiesta de Dios entre los hombres, para ser como el que invita al banquete de bodas de Dios para su disfrute en este mundo.

En la pregunta, sin embargo, no se dice: ¿Estás dispuesto a *hacer* esto o a *actuar* de esta manera?, sino que se dice: ¿Estás dispuesto a *ser* ofrenda con Cristo? No se exige el hacer, sino el ser. Y sólo en ese nivel de profundidad en el que uno se deja tocar por Cristo, en el que uno está dispuesto a ponerse a sí mismo en juego, puede uno corresponder a la entrega del Señor. La Eucaristía es más que una fiesta, más que el círculo del sacerdote, más que un encuentro de la comunidad. Es la festiva donación de Dios en Cristo, en la que Él mismo accede hasta nosotros y, por encima de lo que podamos hacer, llega hasta lo hondo de nuestra vida.

Esto quiere decir que la Eucaristía no es algo que nosotros –el obispo y el presbítero– nos inventamos o hacemos, sino que en ella nos da el Señor más de lo que ninguno de nosotros podría dar. En ella tiene lugar lo que ninguno de nosotros puede inventar o hacer. En ella se ha confiado al sacerdote un don que también para él es un don.

La grandeza de la Eucaristía, su transcendencia, que está por encima de todos los demás acontecimientos del mundo, no depende de nuestras formas de celebrarla, por muy importantes e interesantes que éstas sean, sino de lo que antecede a nuestra celebración: que en la oración y actuación comunitarias de la Iglesia a través de la historia es el mismo Señor el que actúa. Pero que eso es así, que aquí nos encontramos con algo que nosotros no podemos producir, sino sólo transmitir, no significa desde luego, que nos comportemos de un modo solamente pasivo, que nosotros no tengamos que contribuir en absoluto en su celebración. Todo lo contrario. Precisamente necesitamos la preparación, en primer lugar, externa, cuidar siempre de que el espacio de la celebración de lo santo esté dispuesto y sea digno.

Pero estamos diciendo también que la celebración eucarística no puede tener lugar sin el constante anuncio de la Palabra de Dios, sin la disposición interna en la que el Señor nos habla. No se puede escuchar la Eucaristía o acceder a ella como si se tratase de un programa de noticias de la radio, o de una noticia de un diario sensacionalista. Exige mucho más. Debe ir precedido en nosotros de haber escuchado la Palabra de Dios, de la preparación de los sentidos y del corazón. Es necesario escuchar y entender. Y es necesario también llevar a los hombres a la senda de la conversión, que aprendan a reconocer su culpa y a recibir el perdón, porque nosotros podemos pronunciar la palabra del perdón, por el sacramento del orden, posibilitando así la verdad al hombre y proporcionando vida.

Pero volvamos a la pregunta de la ordenación: “¿Estás dispuesto a convertirte en ofrenda con Cristo?” (...). Tal vez nos resistimos a que esta formulación sea la más profunda descripción de lo que es el sacerdocio. Pero eso se debe a que nosotros asociamos el término “ofrenda” a un concepto erróneo, algo así como la idea de un tormento sin fin que el hombre aguanta por cualquier motivo como forma de adoración a Dios. O la idea de que la ofrenda fuese un trabajo llevado a cabo una vez por Cristo y no necesita nada de nosotros. Contra eso nos alertan las palabras de san Agustín: “Esta es la ofrenda de los cristianos: Muchos un cuerpo en Cristo”. Es decir, Dios no quiere ni necesita nada de nosotros. Él es el Creador, de todas las cosas. Quiere de nosotros lo que sólo la criatura le puede dar: nuestro amor. En este sentido, sacrificio no significa este o aquel tormento, este o aquel esfuerzo, sino que pasamos a la nueva ley de Jesucristo.

Por eso la ofrenda de los cristianos quiere decir: dejarse coger por la mano por Cristo misericordioso y dejarse llevar hasta la unidad de su organismo, la Iglesia Santa, y así, unidos con Él, llegar a ser semejantes a Dios. Y Dios no existe como una persona aislada en sí misma, sino en la donación recíproca del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

A partir de aquí se puede entender igualmente la pregunta que se puede dirigir a los que van a ser ordenados diáconos: “¿Estáis dispuestos a asistir a los pobres y a los enfermos, a los sin hogar y a los que padecen necesidad?” No se trata aquí de un romanticismo social tardío, que se hubiese insertado más tarde a la imagen de lo que debe ser el diácono, y también el presbítero y el obispo. No, se trata de celebrar la Eucaristía, de beber el vino de Jesucristo, el vino de su amor trinitario, de incorporarse a su Cuerpo, de salir del mero querer ser uno mismo; y eso significa estar siempre abierto a los demás, también a los que están marginados. Esto es valorar al ser humano no por su utilidad, sino mirando con ojos de Dios, que nos ha creado, con los ojos de Jesucristo, que nos ama a cada uno de nosotros y por nosotros ha padecido.

Que Dios bendiga vuestro ministerio, servicio sacerdotal y diaconal. Necesitáis la oración y el acompañamiento del resto del Pueblo de Dios. Estamos mirados con lupa; en nuestra sociedad con frecuencia se aumentan nuestros defectos y culpas. Sin duda que podemos pecar como los demás. Por eso es necesaria “una mayor determinada determinación”.

Pero podéis ser célibes y vivir la obediencia, la vida pobre; podéis llevar vida de apóstoles que no piensan en sí, ni en enriquecerse. Tampoco en llevar una vida egoísta, de jóvenes solteros, preocupados por sólo vosotros. Cristo necesita valientes y, a la vez, humildes seguidores suyos, como sus ministros suyos.

Ahí está el sí de María: grande, ilimitado, para encarnar a su Hijo. Pediremos a la Madre del Adviento que Cristo llegue a vosotros y no se os “caiga de la boca”, en palabras de santa Teresa. Su Humanidad Santísima la necesita nuestro mundo, “todo el que cree, como María, concibe y da a luz al Verbo de Dios y proclama sus obras (...), porque, si bien según la carne hay sólo una Madre de Cristo, según la fe Cristo es fruto de todos nosotros” (san Ambrosio, sobre el evangelio de san Lucas, Libro, 2, 19.22-23). La alegría festiva de su amor ilumine vuestra vida. Amén.

NATIVIDAD DEL SEÑOR

S. I. Catedral Primada, 25 de diciembre

Feliz Navidad, hermanos, amados de Dios. Vivimos de nuevo el gran regalo de la aparición gloriosa del Hijo de Dios hecho carne. Pero de nada nos serviría afirmar que nuestro Señor, el Hijo de la Virgen María, es hombre verdadero y perfecto si no creyéramos además que es hombre perteneciente a aquel linaje mencionado en el Evangelio, cuando san Mateo dice: *Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*, siguiendo el orden de su generación humana hasta llegar a José, con quien estaba depositada la Madre del Señor.

Ciertamente que el Hijo de Dios, porque es omnipotente, hubiera podido manifestarse de otro modo, para instruir y justificar a los hombres. Sabemos que se había manifestado a los patriarcas y profetas de Israel bajo diversas apariencias humanas, como, por ejemplo, cuando entabló una lucha con Jacob o mantuvo una conversación con Abraham, o cuando no rechazó la hospitalidad que le ofrecían y tomó el alimento que le presentaban. Todas estas figuras eran profecía y anuncio misterioso del que debía asumir, de la descendencia de esos mismos patriarcas, una verdadera naturaleza humana.

Pero todas estas figuras no podían realizar aquel misterio de nuestra reconciliación prefijado antes de los tiempos, porque todavía el Espíritu Santo no había descendido sobre la Virgen ni el poder del Altísimo la había cubierto aún con su sombra; solamente cuando la Sabiduría eterna, edificándose una casa en el seno purísimo de la Virgen, se hizo hombre pudo tener cumplimiento esta admirable designio; y, uniéndose la naturaleza humana a la divina en una sola persona, el Creador del tiempo nació en el tiempo. Y, con asombro, constatamos que aquel por el fueron hechas todas las cosas empezó a contarse entre la creaturas.

Ahora vemos que si este hombre nuevo, Jesús, *sometido a una existencia semejante a la de la carne de pecado*, no hubiera llevado sobre sí mismo nuestros pecados, si es que es *Omousion con el Padre*, esto es, de la misma naturaleza del Padre, no se hubiera dignado ser de la misma naturaleza de su madre y si libre de todo pecado no hubiera unido a sí nuestra naturaleza, la cautividad humana continuaría sujeta al yugo del demonio; y tampoco podríamos gloriarnos de la victoria del Vencedor si ésta hubiera sido obtenida en una naturaleza distinta a la nuestra.

Queridos hermanos: nuestro Salvador ha nacido hoy; alegrémonos, pues no puede haber lugar para la tristeza, cuando nace el que viene a destruir el temor de la muerte y a darnos la esperanza de una eternidad dichosa. En palabras de san León Magno, “que nadie se considere excluido de esta alegría, pues el motivo de este gozo es común para todos (...) Alégrense, pues el justo, porque se acerca a la recompensa; regójese el pecador, porque se le brinda el perdón; anímese el pagano, porque es llamado a la vida” (Sermón I en la Natividad del Señor, 1-3, PL 54, 190-193).

Esta es, hermanos, mi exhortación en el día de Navidad: somos en Cristo, si queremos vivirlo, nuevas criaturas. “Reconoce, oh cristiano, tu dignidad y, ya que ahora participas de la misma naturaleza divina, no vuelvas a la antigua vileza con una vida depravada” (San León Magno). Por el sacramento del bautismo, somos personas en la que habita, como en un templo, el Espíritu Santo: ¿cómo entregarnos a una vida sin Dios, esclavos del demonio y de nuestras pulsiones, cuando el Hijo de Dios ha nacido para comprarnos con su sangre? “Cómo quisiéramos ser otra vez niños y volver a esta humilde pero sublime escuela de Nazaret <en la que Jesús aprendió>! ¡Cómo quisiéramos volver a empezar, junto a María, nuestra iniciación a la verdadera ciencia de la vida y a la más alta sabiduría de la verdad divina!” (Pablo VI, Alocución en Nazaret, 5.01.1964).

Hermanos: aprendamos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres, que es Navidad. Esta manifestación no se ha acabado y mantiene toda su actualidad. Para todos una Feliz Navidad.